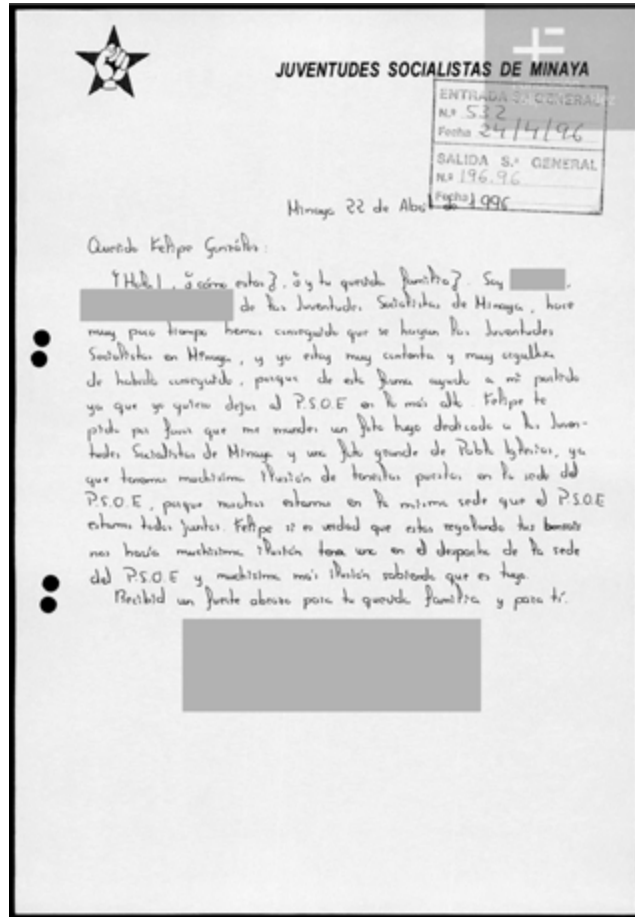


Capítulo 6



Carta de una militante de las Juventudes Socialistas a Felipe González pidiéndole que le envíe una fotografía dedicada, otra de Pablo Iglesias y uno de sus bonsáis para decorar la sede de las Juventudes Socialistas de Minaya. Minaya (Albacete), 1996. Archivo Fundación Felipe González, signatura AFGG FFG0004956.

#PRESIDENTE

Por Loreto Sesma

Foto. Siguiendo. Foto. Siguiendo. Setenta pares de ojos se detienen ante las instantáneas que se suceden. Foto. Siguiendo. Imposible captarlas en la retina, imposible retenerlas sin encontrar algún ápice de familiaridad en algún punto. Foto. Siguiendo. Setenta pares de cerebros en pura pirotección, neuronas haciendo contorsionismo para conseguir descifrar aquellos rostros. Foto. Siguiendo. Se escucha algún comentario, pronunciado en susurros, que hace imposible su escucha y comienza a identificarse con el rumor lejano. Aquella imagen vista desde la lámpara de luz halógena del pasillo central, coordinada sur de la salida de emergencia, podría asemejarse a lo que una bombilla de color amarillenta presencia algunas tardes cuando en el salón de una casa los miembros de una familia intentan acertar las respuestas de un concurso televisivo. El azar, como siempre, plantea más preguntas que respuestas así que ninguno de los presentes acierta.

Volvamos, sin embargo, a la lámpara central de aquella aula número tres de una facultad donde setenta chavales estrenando matrícula intentan averiguar los nombres de los hombres que aparecen en aquella fotografía. Nadie sabe si el diagnóstico es prosopagnosia o puro desconocimiento sobre aquellas figuras

(hombres en su mayoría, por supuesto) reunidos en una carpeta informática bajo el nombre «representantes de la política reciente de España».

El profesor, con esa dejadez en el entusiasmo marcada por la costumbre de aquella respuesta año tras año, intenta puntuar con la mirada al alumno aventajado, así que su par de ojos recorre el aula, intentando leer los labios de los que juegan a la tómbola con el compañero de al lado. El azar regala preguntas, las apariencias pueden fallar las respuestas. El profesor se coloca bien la corbata, coge el mando del proyector para que se suceda la siguiente fotografía. Un par de pupilas se detienen en el chico de la primera fila, segundo asiento empezando por la derecha, y que siempre trae todos sus apuntes preparados y subrayados. Arrastrando los pies como suelen hacerlo los hombres dubitativos en las películas o en relatos como este, se acerca al chico y consigue ver un nombre subrayado con un color especial, al lado una anotación: «entra en el examen».

El dedo pulgar del profesor instintivamente le da a la fecha del mando que ordena la siguiente fotografía, azar y apariencia se juntan para que sea aquel hombre subrayado el que aparece en la proyección. Desilusión, qué desilusión se cuelga de las pestañas del profesor cuando consigue escuchar el susurro de su alumno escogido. Foto. Siguiendo, y que continúe el juego.

Cincuenta gramos de ignorancia y cincuenta de baño de humildad hacen la receta perfecta para un buen bocadito de realidad, plato estrella de la casa. Qué mal está generalizar, pero no hay metro que consiga medir esa diferencia de mundos. El mundo de aquellos jóvenes de esa clase política que ya sienten lejana, y el de esta clase política, la de ahora, que tanto juzgan como errónea. Existe un síndrome conocido como *Síndrome de Hybris* con el que diagnostican a la mayoría de líderes políticos; según éste, el político pasa de la llana normalidad a la negación de todo pensamiento que contamine su persona. Aquellos que no le doren la píldora, pasarán a ser sus enemigos. ¿Son entonces los jóvenes los enemi-

gos de la clase política? ¿O es que acaso nuestros dirigentes están buscando a su Perséfone para que les perdone el castigo de aquel pantano a donde fueron a mirar su reflejo?

Este par de ojos doctorados cum laude en observación a pie de calle opinan, que no dictaminan, que las mil miradas que comparten espacio más allá de las ventanas de esa aula han cambiado su dirección y destinatario. Sus brazos ya no aúpan a los dirigentes que ahora dicen liderar al pueblo al que, por cierto, ni conocen, por mucho que la campaña electoral haga una disección de su votante. «Este no nos sirve, demasiado pobre», «este no nos importa, demasiado rico». ¿Acaso no importan ambos, *Hybris*? ¿Acaso mirar al pueblo desde tu atalaya no hace que los veas más pequeños de lo que realmente son?

A pie de molino llegan a vislumbrar cómo empiezan a asomar entre sus cimientos un par de pies. De nuevo azar y apariencia ponen encima de la mesa un juego de espejos que hacen confundir la salida de este laberinto con una calle cerrada. Es un gigante. El susurro de aquellos jóvenes se suma en un grito, en un grito propio. Un múltiplo de cuatro, unidos en pares de cuerdas vocales emiten una ideología propia que no se traspapela con la de sus dirigentes políticos, sino con otros líderes de opinión. En la plaza se está sacando a hombros a otros referentes.

Huellas inconexas en el camino hacen que uno no consiga atisbar el principio del trayecto ya recorrido. Ningún sumando zodiacal, o soplido del azar o ejercicio académico bajo bola de cristal sabe hacia dónde nos lleva el horizonte. Solo se conoce, y hasta el necio lo sabe, que el joven ya no recorre los senderos tradicionales. Alguien tendría que avisar con urgencia a las plumas que se deslizan para la escritura de esos discursos que no se dirigen a nadie, ¿acaso el político ha perdido el habla? Qué nostalgia de aquellos días de retórica dorada que ahora algunos jóvenes estudian en las aulas. Poniendo en fila las lámparas antes expuestas, recopilamos así la luz halógena, la bombilla anaranjada y ahora añadimos el foco radiactivo de un plató de televisión donde hablan los dirigen-

tes de los cambios, promesitas de humo, como si fuera el debate de cualquier espectáculo televisivo en prime time dueño y señor del gran porcentaje de la audiencia los jueves por la noche.

Con tanta luz queda ensombrecida la evidente brecha generacional entre los que ya no se llaman a sí mismos jóvenes y se atrincheran en la idea de democracia, y los que dividen la mitad de su edad y se acomodan en la ya conocida democracia. Ahora que el bienestar es la supervivencia de la primera persona del singular, sumando si se da el caso esa «nación de dos» de Vonnegut; se pierde sin remedio el sentimiento de pertenencia, se pierde sin remedio la noción del ejemplo. O, mejor dicho, se cambia. La ley recogida en el artículo número múltiplo de joven dice que la energía permanece invariable en el tiempo, estipula así que la empírica determina que la energía es indestructible pero que, no obstante, se modifica. No ha cambiado el espejo, sino el reflejo.

Un país lo cambia la suma de manos y gestos sobre un denominador común, y ahora cinco dedos se reflejan en el charco reducido en la baldosa rota de una plaza de Madrid. ¿Se habrá roto por la fuerza de una pisada o por la fragilidad de su material? Como en cualquier relación interpersonal, ¿será que uno no sabe cómo verbalizar un latido o es que el otro no lo supo escuchar? En definitiva, cuándo se rompió el hilo conector, que no umbilical, de la clase política con los jóvenes. Quién no escucha a quién, desde dónde hablan ambos y lo más importante, para qué.

Tímpano, martillo, yunque y estribo ponen en marcha la maquinaria. Se escucha a lo lejos una canción que consigue enmudecer el teclado con el que este par de manos escriben el relato. Mientras, se suceden las fotos enfrente como si fuera un desfile de un pasado que ninguno de los que me rodea siente como suyo porque ninguno consigue identificarse con los hijos hereditarios de sus partidos políticos. Foto. Siguiente. Foto. Siguiente. *Video killed the radio star, presidente.*